

dentes que tenía, y sacó en limpio que, saliera pez ó rana en definitiva, era de necesidad, por de pronto, enterar á don Adrián del mal éxito de sus negociaciones, para que Leto, que se hallaría presente, lo tuviera entendido en la correspondiente proporción.

Y se fué derecho á la botica donde, por haber hallado á los dos Pérez solos, les informó, con las debidas atenuaciones de caridad, de lo mal que andaban sus negocios en Peleches.

A don Adrián le faltó poco para desmayarse.



XI

LA TRIBULACIÓN DEL BOTICARIO

MEDIA hora después, con la faz macilenta y alargada, el ojo triste, las rodillas trémulas y la respiración anhelosa, subía el pobre hombre hacia Peleches. El sobrepeso agregado por don Claudio á su cruz, se la había hecho insoportable. No podía vivir así. Formó su resolución con voluntad heroica; y en cuanto llegó el mancebo á la botica, y se marchó el comandante y Leto

subió al piso, cogió él el sombrero y la caña... y ¡hala para arriba! Podría suceder que no se le franqueara la puerta al primer golpe: él insistiría una, dos y ciento y mil veces, hasta que los mismos robles se ablandaran; ó se colaría por los resquicios, ó tomaría la casa por asalto... Que el señor don Alejandro, al verse con él cara á cara, se la llenaba de oprobios... ¿y qué? Cualquiera afrenta, la más dura agresión «antes, eso es, que aquellas incertidumbres, ¡caray! sí señor; que aquel estado violento, eso es, en que no podía él vivir, ¡caray, caray!»

Iluminaban á Peleches las últimas tintas sonrosadas, pero frías, del crepúsculo, cuando el viejo boticario, con la mano lívida y convulsa, empuñaba el llamador (un lebril de hierro dulce con una bolita entre las garras delanteras) de la puerta de ingreso al piso principal del caserón de los Bermúdez. Dió tres golpes muy desconcertados, como los que á él le producía en el angustiado pecho el acelerado latir de su corazón, y salió Catana. En cuanto vió á don Adrián le dijo sin acabar de abrir la puerta:

— El zeñó no pué...

Pero el boticario se coló en el vestíbulo por la abertura, y desde allí interrumpió á la rondeña de esta suerte:

— Ya, ya; pero esa orden no reza, eso es, conmigo; porque vengo, sí señor, con su beneplácito... Tenga usted la bondad de prevenirle, eso es, de avisarle, que estoy aquí á sus órdenes.

Y por si esto era poco, mientras Catana iba con el recado, él la siguió de lejos, como si tratara de ponerse en el rastro de su presa para que no se le escapara por ninguna parte. Así llegó al extremo del pasadizo que conducía al estrado. Era indudable que don Alejandro estaba en su gabinete... hasta creyó percibir su voz momentos después; su voz algo destemplada, por cierto. «¡Caray, caray, qué desmayos!»

Volvió á aparecer Catana. Con un gesto bravío le reprendió su atrevimiento de colarse hasta allí, y con otro no más dulce y un ademán adecuado, le mandó que pasara al gabinete que le señaló con el índice cobrizo.

Pasó don Adrián entre vivo y muerto, y

se plantó á la puerta con el altísimo sombrero en una mano y el bastón en la otra, inmóvil, derecho, rígido. Desde allí vió á don Alejandro dando vueltas desconcertadas en el fondo del gabinete. En una de aquellas vueltas se encaró con él, se detuvo y le dijo, con una sequedad á que no tenía acostumbrado al excelente farmacéutico de Villavieja:

— Pero ¿qué hace usted ahí?

— Esperando, señor don Alejandro, — contestó el pobre hombre con la voz como un hilo, — á que me dé usted su licencia.

— Según mis noticias, — replicó Bermúdez sin ablandarse más, — esa licencia la traía usted ya desde su casa.

— Mi señor don Alejandro, — dijo aquí don Adrián enjugándose el rostro macilento con su pañuelo de hierbas, y entrando á cortos pasos en el gabinete, — me he permitido afirmar esa... mentirilla, eso es, para que se me franquearan, sí señor, estas puertas... ¡Mal hecho, caray, mal hecho! Verdaderamente lo conozco, eso es... pero no había otro modo de lograr, eso es, una

entrevista, una entrevista con usted, mi señor don Alejandro.

— Y ¿para qué necesita usted, señor don Adrián, una entrevista conmigo?

— ¡Para qué, mi señor don Alejandro?— preguntó el farmacéutico relajando todos los músculos de su cara. — ¡Para qué?... Para mi sosiego... para dormir, para comer... para vivir; ¡caray! para vivir, mi señor don Alejandro... Para todo eso, ¡caray!

Bermúdez que, por lo que le decían aquellas palabras y lo que leía en la voz y en el aspecto lastimoso de aquel hombre á quien tanto había estimado, y estimaba, calculaba la intensidad del daño que le había hecho con su violenta medida, sintió muy hondos pesares de no haberla meditado más, y maldijo la negra fortuna que le conducía á extremos tan rigurosos.

— Siéntese usted, amigo mío, — le dijo apiadándose de él; — repóngase un poco, y dígame luego cuanto tenga que decirme.

Le arrimó una silla y se sentó en ella don Adrián. Él permaneció de pie delante del boticario, y con las manos en los bolsi-

llos. Don Adrián Pérez, después de colocar el sombrero en otra silla inmediata y de enjugarse otra vez la carita lacia con el pañuelo, comenzó á hablar de esta suerte:

— Yo, señor don Alejandro, me encontré antes de anoche... precisamente antes de anoche, eso es, cerradas las puertas de esta casa... quiero decir, nos las encontramos; porque mi hijo venía conmigo; veníamos juntos, eso es... El caso era de notar por nuevo... por nuevo, es verdad, pero no por cosa peor, eso es; porque cabía creer que fuera medida, sí señor, medida general. ¡Caray, si cabía! Pero no lo fué, mi señor don Alejandro, ¡no lo fué!; fué medida propia y particularmente para nosotros: para nosotros dos, eso es: para mi hijo y para mí. El señor don Claudio Fuertes tuvo la bondad de informarnos de ello, con tino, eso sí, y con todo miramiento, porque es persona ¡caray! de suma delicadeza, como usted sabe muy bien... Nos dió algunas esperanzas de que, corridos unos días, eso es, mejorarían las circunstancias... Pero el hecho, mi señor don Alejandro, estaba en pie; y dolía, dolía, ¡caray! Pre-

guntamos la razón, eso es; y la ignoraba el buen amigo... Pasó la noche... sin sueño, por de contado; y otro día, el de hoy, sin apetito naturalmente... Ya ve usted, mi señor don Alejandro: el castigo notorio y la culpa desconocida, ¡caray! en corazones de bien... aflige, eso es, agobia... Y así, todo el día de hoy, hasta que el señor don Claudio Fuertes, después de hablar con usted, nos ha venido á advertir un momento hace, que nuestro litigio aquí iba ¡caray! de mal en peor... Esto fué ya cegar, mi señor don Alejandro, para los que estábamos á oscuras; eso es, cegar verdaderamente, ¡cegar, y cegar en la agonía, caray! Pues, muerte por muerte, me dije ¡caray! en cuanto me vi solo, démela el amigo irritado, eso es, si me cree merecedor de ella... Y aquí estoy, señor don Alejandro.

Éste dió dos medias vueltas, conservando una de las manos en el bolsillo y resobándose con la otra la barbilla; y después, deteniéndose de nuevo delante de don Adrián, que no apartaba de él la vista anhelosa, y volviendo á enfundar la mano en el bolsillo correspondiente, dijo al boticario:

— Continúe usted, señor don Adrián, todo lo que tenga que decirme: después hablaré yo, si le parece.

— Pues en dos palabras termino, — contestó el boticario tomando nueva postura en la silla. — Así las cosas, mi señor don Alejandro, y téngalo usted bien entendido, eso es ¡caray! bien entendido, desde luego, por anticipado, le doy á usted la razón por ser una persona incapaz de faltar á la justicia... Yo me confieso culpable, y mi hijo, sí señor, también se confiesa: los dos nos confesamos culpables; los dos le habremos faltado á usted... no admite duda, cuando, teniéndole ¡caray! por el más cariñoso y noble, eso es, de los amigos, y el más caballero de los hombres, nos castiga... Pero ¿por qué? ¿En qué ha consistido la falta, eso es, ó la ofensa? Este es el clavo, mi señor don Alejandro; este es mi mate día y noche. ¿Cuál es nuestro delito? Sépale yo, sépale mi hijo, para la debida reparación, eso es; porque de otro modo ¿de qué vale el buen deseo, caray? ¿de qué la voluntad mejor dispuesta? De nada, mi señor don Alejandro, de nada, ¡caray! de nada. Que

no cabe reparación, eso es; que usted no la admite ni la quiere... que estas puertas continúan cerradas para nosotros, cerradas, eso es... Malo, triste, ¡caray! muy triste, muy malo, sí señor; pero se sabe el motivo, se reflexiona sobre él; resulta justo, justa y merecida la pena; y ya es distinto, eso es; ¡pero muy distinto, caray!... Y esto es todo lo que verdaderamente tenía que decir á usted, sí señor; nada más, eso es.

Y mientras don Alejandro Bermúdez daba otras dos vueltas en corto, él se pasó nuevamente el pañuelo por toda la cara, reluciente de sudor frío. El de Peleches, al regreso de su última vuelta, dijo al boticario:

— Empecemos, señor don Adrián, por declararle á usted, como le declaro, que soy tan amigo de usted como lo era antes, y que no le estimo menos de lo que le estimaba.

— Gracias, mi señor don Alejandro, — contestó el boticario desde el fondo de su corazón. — Eso ya consuela mucho, ¡caray si consuela!

— Y declarado esto, — continuó Bermúdez

dez voltejeando á la vez por el gabinete, porque seguía nervioso y espeluznado, — le declaro además que no es tan fácil como parece la tarea de decirle á usted todo lo que desea saber.

— ¡Es posible?

— Sí, señor: como que es cierto. Y vamos á ver si consigo explicarme de modo que usted me comprenda, sin decirle más que lo que debo. Figúrese usted que el amigo á quien más usted quiere, resulta inficionado de una peste: ¿dejará usted de querer bien á ese amigo por tomar ciertas precauciones... sanitarias contra él?...

— Conformes, — observó don Adrián abriendo mucho los ojillos y la boca, como si le sorprendiera la gravedad del ejemplo. — Conformes, señor don Alejandro: no querría mal á ese amigo... inficionado, eso es, apestado, mejor dicho, por alejarle ¡caray! de mi familia: no señor: medida prudente y de conciencia, ¡caray! de conciencia, eso es; pero le advertiría en debida forma... del mejor modo posible, eso es, para que no extrañara, para que no se doliera, ¡caray!... En fin, mi señor don

Alejandro, entiendo el símil; pero con la debida dispensa de usted, verdaderamente nada me dice, sino que por apestados, eso es, por inficionados de algo, ¡caray! se nos han cerrado estas puertas, de repente, á mi hijo y á mí. Que hay peste en nosotros, ya se lo he concedido á usted antes de todo, sí señor, concedido; pero ¿qué peste es ella, mi señor don Alejandro? Este es el punto... digo, me parece á mí, y el clavo, sí señor, muy doloroso, ¡caray!

— Efectivamente, — repuso Bermúdez mordiéndose los labios de inquietud, — nada resuelve mi ejemplo en el sentido que usted desea. Vaya otro más al caso. Imagínese que usted no es don Adrián Pérez, sino don Alejandro Bermúdez; que siendo don Alejandro Bermúdez, tiene una hija exactamente igual á la que tengo yo: vamos, que Nieves es hija de usted; que usted se ha consagrado en cuerpo y alma al cuidado y á la educación de esa hija; que desde que su hija era niña, trae usted formados y acariciados ciertos planes que, una vez realizados, han de hacer su felicidad, la felicidad de esa hija por todos los días de su vida;

que está usted en la cuenta, por señales que parecen infalibles, de que su hija consiente y aprueba y hasta acaricia los mismos planes que usted; que en esta inteligencia, y para afirmarlos y asegurarlos mejor, de la noche á la mañana, y de mutuo y entusiástico acuerdo, dejan ustedes su residencia de Sevilla, y se plantan, llenas las cabezas de ilusiones, en este solar de Peleches. Que limita usted su trato de intimidad aquí á tres personas, muy estimadas, muy queridas de usted: de esas tres personas, una soy yo, don Adrián Pérez; y la otra, mi hijo, Leto de nombre. Usted continúa abriéndonos su casa y recibiéndonos en ella con la mayor cordialidad, y nosotros correspondiendo á ese afecto con otro tan hidalgo como él, é independientemente de todo esto, usted, Alejandro Bermúdez, llevando adelante y por sus pasos contados, el plan consabido; que se deja usted correr así tan guapamente, tranquilo y descuidado, y que un día, con motivo de un suceso muy relacionado con ese plan, descubre usted que se le han llevado los demonios, encarnados para ello en su hija de usted y en mi hijo; ó

si lo quiere más claro aún, en Nieves y en Leto... ¿Me va usted comprendiendo mejor ahora, señor don Adrián?



Don Adrián, amarillo y desmoronándose por todas partes, apoyó la frente entre las dos manos cadavéricas colocadas sobre el puño del bastón, y no dijo una palabra.